

## *El tóxico, la pereza y la felicidad*

*Maximiliano Antonietti*

I. En occidente, el verdadero elogio del trabajo comienza con Hesíodo en *Los trabajos y los días*.<sup>1</sup> Han transcurrido al menos dos siglos y ya han quedado a un lado los temas clásicos de Homero. El culto del heroísmo, la nobleza del coraje, la gloria en la batalla, la honra de morir en el combate, todavía están vigentes, por supuesto; pero la joven cultura griega ya se ha abierto camino, ha definido algunas de sus fronteras y ahora, Grecia exige de sus habitantes una vida de trabajo.

El poema didáctico y campesino de Hesíodo viene a decir, después de Homero, que no sólo de heroísmo vive el hombre o, lo que es aún mejor, que el heroísmo no se encuentra únicamente en los ruidosos combates de los caballeros nobles frente a Troya. También es heroica la lucha tenaz y silenciosa de los trabajadores con la dura tierra. En este sentido, sitúa en lo más alto la estimación del trabajo. Se trata de la *areté* del trabajador y, su contraparte, la condena de la pereza:

*“Quien vive inactivo es aborrecido de los dioses y de los hombres. A semeja al zángano que consume el penoso trabajo de las abejas. Procúrate un justo placer entregándote, en una justa medida, al trabajo. Así, tus graneros se llenarán con las provisiones que te proporcionen cada año”*.<sup>2</sup>

*“La ociosidad es una vergüenza”*.<sup>3</sup>

Si se trata de estimar el trabajo, no nos llama la atención el hecho de que en el poema, de aquí en adelante, comience un elogio de los buenos amigos y los vecinos: ¿con quiénes sino, será posible el intercambio resultante de ese trabajo?

La vergüenza es escópica nos dice Freud en *Tres ensayos*,<sup>4</sup> y, no podría ser de

---

<sup>1</sup> Hesíodo: *Los trabajos y los días*, Editorial Gredós, Barcelona, 1985.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, pág. 115.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, pág. 118.

<sup>4</sup> Sigmund Freud: "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo VII, pág. 143.

otro modo, en una cultura tan visual como Grecia, la pereza es vergonzosa. Ya habrá tiempo para que el cristianismo, con la clave de culpa que lo caracteriza, haga de la pereza un pecado capital. Pero es necesario tener en cuenta que, de un modo u otro, pecado o vergüenza, con los ojos del hombre o de los dioses, se trata de condenar a quienes atentan contra el pacto erótico en que consiste la cultura. Si la cultura es la serie de mediaciones en función del intercambio, el perezoso y el cínico eligen burlarse. Desde *Esopo* y su cigarra, hasta *Diógenes* a la sombra de Alejandro Magno,<sup>5</sup> desafían la transpiración en la que se funda la cultura.

Si el destino en Homero era la muerte en la batalla, en Hesíodo, el destino universal del hombre es el trabajo.

2. La *Odisea* de Homero<sup>6</sup> es una hermosa metáfora del retorno de la conciencia occidental sobre sí misma. El *nostos*, el viaje de vuelta del héroe, donde éste resuelve con astucia una larga serie de aventuras hasta reencontrar el hogar, la patria y la mujer que lo espera, puede ser pensado como el itinerario de la conciencia en su vuelta sobre sí misma. Las aventuras de *Odiseo* son, en este sentido, las peligrosas tentaciones que pueden desviar al sujeto de su lógica. Y, como los héroes de todas las novelas que le siguieron, *Odiseo* se abandona una y otra vez a las aventuras; se deja llevar, se zambulle, se pierde en ellas para reencontrarse.

Si se trata de las toxicomanías, la aventura que nos interesa es una de las primeras de la *Odisea*, el encuentro del héroe con los *lotófagos*, los comedores de la flor de loto. Aquellos que prueban ese “florido manjar” están perdidos.

*“Los lotófagos nos regalaron loto para que comiéramos”...“Tan pronto como (los compañeros) hubieron gustado el fruto, dulce como la miel, se olvidaron de sus diligencias y ya no pensaron en volver a la patria, antes bien, llenos de olvido querían quedarse con los lotófagos.”*<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Es conocida la escena legendaria en la que Alejandro Magno, aquél hombre que lo había conquistado todo, extendiendo los límites de la *hélade* hasta lugares impensables, se le acerca a Diógenes, ese hombrecito que no había movido un dedo al servicio de nadie. Alejandro lo encuentra tendido en el suelo y se dirige a él para preguntarle qué quiere, que él, con todo su poder de gobernante, se lo concederá. Diógenes sale apenas del agujero en el que vive y le pide, gentilmente, que se haga a un lado porque le estorba la luz del sol.

<sup>6</sup> Homero: *La Odisea*, Losada, Buenos Aires, 1994.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, pág. 127.

Los comedores de loto no eran precisamente malos. La verdadera amenaza que ellos significan, es un estado de olvido y pérdida de la voluntad: sencillamente, quienes probaban esa flor olvidaban la patria, el hogar y la mujer que los espera. Esta aventura señala que la pereza constituye un riesgo serio para el regreso del héroe, para la vuelta de la conciencia sobre sí misma y, para occidente, también.

Los comedores de loto se condenaban al estado original: un estado sin trabajo y sin lucha, es decir, sin negatividad. Para Hegel,<sup>8</sup> son los animales quienes están fijados a una repetición sin cambio. Puesto que no pueden hacer otra cosa con el objeto que consumirlo directamente, están condenados a lo mismo. La sabiduría humana, en cambio, se encuentra en rechazar la inmediatez; esto es lo que lo hace hombre: el hecho de poder inhibir ese movimiento, poder rechazar el consumo directo del objeto y hacerlo entrar en la dialéctica del intercambio.<sup>9</sup>

Lacan lo reescribe a su modo en el final de *Subversión del sujeto*: “El goce debe ser rechazado para ser re-alcanzado en la escala invertida de la ley del deseo”.<sup>10</sup> Los lotófagos, desde su idilio perezoso, desatienden la sabiduría del intercambio cultural de los objetos.

3. En la consideración de la pereza, nos surge al paso una de sus figuras privilegiadas: el sueño. El sueño es un trabajo, se dice, y si bien es cierto, convendría delimitar en qué sentido lo es y cuando ya, deja de serlo. Para precisar los términos involucrados, es necesario distinguir la elaboración psíquica que implica el fenómeno onírico (*bearbeitung*) y la elaboración psíquica que plantea Freud respecto de la pulsión (*verarbeitung*).<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> Jorge Guillermo Federico Hegel: *Lecciones sobre la Filosofía de la historia universal*, Cuadernillos Filosóficos CEFIL, Buenos Aires, 1971.

<sup>9</sup> “Lo que el hombre es realmente, tiene que serlo idealmente. Conociendo lo real como ideal, cesa de ser algo natural, cesa de estar entregado meramente a sus intuiciones e impulsos inmediatos, a la satisfacción y producción de estos impulsos. La prueba de que sabe esto es que reprime sus impulsos. Coloca lo ideal, el pensamiento, entre la violencia del impulso y su satisfacción. Ambas cosas están unidas en el animal, el cual no rompe por sí mismo esta unión.” “El hombre, como espíritu, no es algo inmediato, sino esencialmente un ser que ha vuelto sobre sí mismo. Este movimiento de mediación es un rasgo esencial del espíritu. Su actividad consiste en superar la inmediatez, en negar ésta y, por consiguiente, en volver sobre sí mismo.” *Ibid.*, pág. 30.

<sup>10</sup> Jaques Lacan, “*Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*”, en *Escritos II*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1987.

<sup>11</sup> Para un examen minucioso de esta cuestión, se puede consultar el *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Luiz Alberto Hanns, Grupo Editorial Lumen, México, 1996.

El carácter alucinatorio del sueño podrá aliviar las cargas de manera tal que el durmiente pueda seguir soñando, y, de este modo, cumple una función de mucha importancia, pero no por eso la pulsión se ha esforzado hacia los objetos. El sueño puede ser una realización alucinatoria de deseos, pero no por eso el soñante ha movido un solo dedo para que esos deseos se concreten. Freud podría haber soñado todas sus noches aquel sueño de la placa donde se expresaba el reconocimiento a su descubrimiento. Pero si no dispensaba arduas horas al trabajo, durante tantos largos años, ni su obra, ni el reconocimiento, ni la placa, hubieran tenido su lugar. Esta es la razón que le hace decir a Freud que “el sueño cumple sus deseos por el corto camino regresivo”.<sup>12</sup> En la medida en que el polo motor se encuentra inhibido y no permite la descarga por la motilidad, la energía recorre en sentido regresivo, hacia las marcas... Si el sueño propone el “corto” camino, es porque la transformación del mundo supone un camino largo más arduo, riesgoso y problemático. Si se trata de recorrer el “corto” camino, ya nadie podría negar que el aparato psíquico tiene una fuerte tendencia a la pereza.

Difícilmente podamos exagerar sobre el alto valor económico del soñar: que nos baste considerar que durante unas cuantas horas de la noche, las cosas son más o menos como queremos que sean. Efectivamente, ¡la vida sin el sueño se vuelve intolerable! Pero el deseo no pareciera ser la única clave del asunto en la obra freudiana. A la afirmación de Nietzsche, según la cual en los sueños "*todos los hombres son auténticos artistas*",<sup>13</sup> cabe oponerle la siguiente consideración:

*"Aún después de haber sido interpretado, no deja de ser cierto que el sueño es una expresión privada, perdida en la soledad del descanso, a la cual le falta la mediación del trabajo, la incorporación del sentido a un material duro, la comunicación de este sentido a un público, en suma, el poder de hacer avanzar la conciencia hacia una nueva comprensión de sí misma".*<sup>14</sup>

Un verdadero artista, un director de teatro por ejemplo, concibe un argumento, pacientemente lo modela, selecciona a sus actores, corrige los tonos, las interpretaciones, los

---

<sup>12</sup> Sigmund Freud: "La interpretación de los sueños", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993, Tomo V, pág. 559.

<sup>13</sup> Friedrich Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia*, Biblioteca EDAF, Madrid, 1997, pág. 59.

<sup>14</sup> Paul Ricoeur: *El conflicto de las interpretaciones*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

movimientos, encuentra un salón, publicita su propuesta, con suerte, tal vez consiga la generosidad del público y, recién ahí, en el encuentro de actores, argumentos, iluminadores, apuntadores, boleteros, acomodadores, vestuaristas, escenógrafos, sonidistas y, finalmente, público presente, el sueño del director, se hace artista.

Al deseo como realización alucinatoria, cabe oponerle el trabajo pulsional. Leer el deseo en el sueño, le sirve a Freud para señalar hacia donde la elaboración pulsional debería dirigirse, en qué puntos de este recorrido se encuentra estancada, en sus diversas figuras, insatisfecha, imposible o prevenida. En el sueño, Freud lee el deseo, es cierto; pero donde el deseo es leído, comienza el verdadero trabajo: el trabajo pulsional. Sin ese trabajo, si sólo se realiza como ese punto localizado e inmóvil del recorrido pulsional, el deseo también evoca a la pereza.

*Nota al paso:* Es sugerente encontrar en la diferencia entre elaboración y realización alucinatoria, la verdadera razón de la inmortalidad de los deseos infantiles, siempre alertas e indestructibles.<sup>15</sup> Es que, efectivamente, sólo se han realizado en el sueño y, ¡la pulsión no se ha visto obligada al trabajo!

4. En este sentido, la *operación del fármakon*<sup>16</sup> destilada por Lepoulichet,<sup>17</sup> siguiendo de cerca la lectura de Derrida,<sup>18</sup> se acerca a la realización alucinatoria de deseo y se aleja de la elaboración pulsional. Entonces, en nuestros pacientes, cuando apelar privilegiadamente al tóxico se pretende como una elaboración, termina siendo un claro fracaso: más de lo mismo.

La verdadera paradoja del consumo de drogas como intento de ligazón erótica, es que la alquimia no es más que transitoria, y en la medida en que el tóxico no logra una elaboración psíquica eficaz, las cosas al día siguiente están igual o peor que el día anterior. La

---

<sup>15</sup> *Op. Cit.*, pág. 546.

<sup>16</sup> En la lengua griega, las palabras tienden a acentuarse lo más lejos posible de la última letra. El hecho de que una palabra sea aguda, grave o esdrújula se debe a las vocales (largas o breves) de las últimas dos sílabas. *Fármakon*, en griego, se escribe φάρμακον, siendo la *alfa* y la *ómicron* vocales breves, permiten llevar el acento de tal modo de hacer de la palabra *fármakon* una palabra esdrújula.

<sup>17</sup> Sylvie Le Poulichet: *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, año 1996.

<sup>18</sup> Jaques Derrida: *La diseminación*, Espiral/ensayo, España, 1997.

operación del tóxico no implica un trabajo de la pulsión y, por lo tanto, se acerca más al carácter alucinatorio del soñar. Y sólo resta concluir que el planeta "consumo" deja, todas las mañanas, irremediablemente su lugar al principio de realidad.

Es necesario acentuarlo: nadie se engendra intoxicándose. Por más pretensión de acto, en el sentido de marcar un antes y un después que reviste el consumo de algunas sustancias, en función de ciertos rituales iniciáticos más o menos colectivos, no se trata de vestiduras que le permitan a nuestros pacientes lograr una separación clara y distinta.

La cultura promete una forma de satisfacción regulada en el marco del *Eros* y un saldo que se evidencia como malestar. Algunos toxicómanos se sirven de un atajo desatendiendo el ideal cultural, que impone que las cosas circulen y sean intercambiables. Es a veces inquietante, la idea de la riqueza generada en el intercambio del mercado, desapareciendo en las narices de un cocainómano. No es otra cosa que el profundo valor anticultural que los lotófagos, la pereza y algunas toxicomanías implican. Nadie puede desconocer que la producción de bienes es la conclusión de un complejo sistema basado en el intercambio cultural. Un producto es el resultado de la interacción de capital y trabajo, en un proceso que necesariamente requiere de esfuerzo, displacer y tiempo.

Es frecuente escuchar relatos de pacientes que han perdido en pocos días lo que han conseguido en años. Un paciente me decía unos años atrás: "la casa que heredé de mi papá y que le costó toda la vida hacerla, yo me la tomé en dos meses". Pero no sólo con los bienes propios. Es usual el relato de pacientes que la han emprendido con las pertenencias de sus familiares, y con las del primero que han encontrado en su camino también. No se trata solamente de cuestiones relativas a la delincuencia. Quizá, lo que más llame nuestra atención, no sea tanto la evidente trasgresión de la ley, ni siquiera una verdadera vocación delictiva, sino el poco valor que pueden revestir los objetos como trabajo acumulado.

*"El adicto necesita más y más droga para conservar forma humana. El álgebra de la necesidad, posesión total, con palabras de la necesidad total, estas dispuesto a engañar, mentir, denunciar a tus amigos, robar, hacer lo que sea para satisfacer esa necesidad total".<sup>19</sup>*

Cuando los toxicómanos se entregan a esta función claramente anticultural, se acercan a las figuras del cinismo, y es evidente, que desde este rasgo, ha sido sumamente fácil

---

<sup>19</sup> William Burroughs: El almuerzo desnudo, Anagrama, Barcelona, 1992, pág. 2.

para la cultura segregar un verdadero estereotipo del toxicómano.

“*La droga es el producto ideal, la mercancía definitiva*”,<sup>20</sup> escribe Borroughs. Aunque la producción de drogas participe de un sistema de producción no menos complejo que la fabricación de un lavarropas, en última instancia, en el punto del consumo directo, tosco y eficaz, no es intercambiable por nada. El tóxico se cierra en sí mismo. Más allá del *fármakon*, ya no existen las mediaciones. Si la sabiduría consiste en el intercambio, el consumo, entendido de este modo, es una forma de atontamiento.

*Segunda nota al paso:* Vale la pena considerar la pregunta acerca de si los Estados favorecen o no este modo de atontamiento cuando mantienen a la droga en un marco de ilegalidad. Cabe preguntarse, a su vez, si el hecho de pagar impuestos no mejoraría las condiciones para que el negocio de la droga empiece a participar del intercambio aquél.

5. A diferencia de la joven cultura griega, nuestra época de vieja cultura frita se inclina, cada vez más, por el consumo y, cada vez menos, por la ciudadanía. Cada vez más consumidores y menos ciudadanos, que son tiempos oscuros los nuestros y la felicidad se encuentra en una lata de gaseosa y no en el ágora discutiendo una política pública y mucho menos laborando la tierra. Hoy, más que antes, la cultura exige de nosotros el consumo, y su atontamiento, ¡que hay que comprar un nuevo tacho de basura aunque el viejo tacho, todavía funcione!

Es por eso que las toxicomanías se ofrecen como el símbolo privilegiado de nuestra época. En ellas, se lleva hasta las últimas consecuencias un rasgo común de nuestro siglo: el consumo. El toxicómano, desde este punto de vista, es un verdadero fundamentalista del mercado: se ha tomado muy en serio el slogan de que la felicidad se encuentra en los objetos que podemos incorporar. Sean lavarropas automáticos, detergentes biodegradables, pieles de zorros, cocaína o diacepam, solo se trata de ampliar el número de consumidores. Si hasta el trabajo y el sexo bien podrían ser términos de la adicción; ¡que baste con algunas páginas del DSM5!

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, pág. 3.

En la misma medida en que la cultura propone el consumo directo de los objetos, desprecia del trabajo y de los procesos. Nos impacientamos cuando nuestra computadora tarda dos segundos más de la cuenta en abrir una pantalla o nos preocupamos si el familiar al que llamamos por teléfono no contesta al tercer intento. Cultura del *todo-ya*, sean personas o hamburguesas, que es sencillamente insoportable esperar los rodeos que las cosas tienen. La avidez de nuestra época por las imágenes reniega seriamente respecto de los procesos necesarios.

Decíamos antes, que cuando el toxicómano se entrega a aquella función anticultural, a la cultura le resulta sencillo segregarlo en un estereotipo peligroso y, por supuesto, es mucho más fácil “mirarlos gozar” como si fueran radicalmente diferentes. Pero esto no es más que apariencia. Lo esencial no está aquí sino en el hecho de que las toxicomanías nos interrogan crudamente sobre nuestra relación con los objetos, sobre la organización de nuestra cultura y sobre nuestras definiciones de la felicidad. Si la cultura nos propone una dependencia directa de los objetos, si la *paideia* de hoy insiste en nuestro perfil de consumidores, si la felicidad se encuentra en una lata de gaseosa, es el toxicómano quien mejor interpreta ese mensaje, y al tiempo que interpreta, nos interpela a todos en nuestra relación con los objetos.

6. Desde *Tres ensayos*,<sup>21</sup> la pregunta insiste: ¿cómo es posible el amor y la sublimación si tenemos en cuenta la parcialidad de las pulsiones? El argumento de Freud es impecable: si consideramos la perspectiva del caos inicial del recién nacido, de los desvíos de la pulsión, de todos los extravíos parciales posibles, de los lugares en que el recorrido podría detenerse ¿cómo es posible amar y trabajar? ¿Cómo es, y qué hace posible pasar del *caos* al *cosmos*? Teniendo en cuenta que las pulsiones son primordiales y el “orden” del yo y del mundo no lo es, ¿Cuál es el principio que guía este “progreso”? ¿En virtud de qué salir y por qué no quedarse en la casa natal juntando pelusa en el ombligo? Es decir, ¿cómo es posible lo nuevo y por qué no nos quedamos, para siempre, con lo viejo? En los términos de este ensayo: ¿Por qué no nos quedamos en la pereza? ¿Qué hace posible que salgamos de ella?

El pensamiento de Freud tiene claridad para descifrar lo viejo en lo nuevo. En

---

<sup>21</sup> *Op. Cit.*, pág. 109.

ese “otro escenario del sueño”, se realiza una antigua escena infantil; en la sonrisa de la *Gioconda*, se encuentran los rasgos desfigurados de la boca de la madre de *Leonardo*;<sup>22</sup> en los síntomas neuróticos, asoman las antiquísimas fijaciones pulsionales; en cualquier obra literaria, insisten los clásicos argumentos edípicos. Si hasta en el enamoramiento, Freud afirma que todo encuentro con el objeto no es otra cosa que un reencuentro. Las marcas eran preexistentes, de tal modo, que ese “aparente” hallazgo de objeto, no es otra cosa que un (re)hallazgo. Se reencuentran las viejas marcas en las nuevas. Es evidente que desde aquí, al psicoanálisis le fue necesario cuestionar la noción de tiempo.

Desde lo más tosco a lo más sutil, desde lo más patológico hasta lo menos, desde lo más miserable hasta lo más sublime, Freud razona en un mismo sentido: la novedad, no es más que una transformación de algo viejo. Lo nuevo es siempre algo viejo reencontrado.

El andamiaje de estas consideraciones está en el recorrido de la pulsión. En clave de la biología de su época (nunca verdaderamente abandonada), en especial el esquema del arco reflejo, una vez que la energía ha realizado cierto recorrido, deja una marca, de modo tal, que lo que resta es el intento de volver a encontrarla.<sup>23</sup> Desde esta perspectiva, entendemos bien que si la pulsión ha encontrado satisfacción, vuelva a intentarlo por el mismo rodeo. De aquí, que Freud afirme el carácter conservador de las pulsiones, la dificultad en la renuncia pulsional (¡si es que alguna vez se renuncia!) y el conflicto psíquico que todo esto supone.

Estos argumentos se apoyan, como se sabe, en el principio del placer definido en términos económicos: si hay tensión, el aparato intentará descargarla utilizando para ello las huellas de la satisfacción primera. El principio del placer será, desde aquí, ese principio que nos liga con lo más animal de nuestra existencia de humanos. Esa especie de condena a intentar repetir aquel viejo rodeo que llevó a la satisfacción. Si algo ha dado resultado, automáticamente (es decir, sin sujeto) se intentará recorrer el mismo camino; el mismo viejo camino. En estos términos, el principio del placer nos emparenta con los animales, en función de la espontaneidad y la inmediatez que Hegel encontraba en su naturalidad.

Por eso, no se entiende bien que Freud tenga que apelar a un “más allá del

---

<sup>22</sup> Sigmund Freud: "Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XI, pág. 53.

<sup>23</sup> Aunque no pase de una cuestión de palabras, el término facilitación (*bahnung*) que Freud utiliza es interesante. Bahn alude a “camino llano”, “avenida o autopista”, “hacer transitable”. Que existan vías “facilitadas”, ¿no nos pone en la pista de que el tránsito por cualquier otra vía será más difícil? ¿Qué habiendo un camino llano y transitable la energía buscará lo fácil? Una vez más, el razonamiento freudiano es más dúctil para explicar el modo regresivo del funcionamiento psíquico.

principio del placer” para explicar la compulsión de repetición.<sup>24</sup> Lo más siniestro de las conductas humanas, lo más mortífero, regresivo, tosco y demoníaco se explica, precisamente, “dentro” de ese principio.

Que un paciente, aún sabiendo que vomita sangre, que tiene los brazos edematizados y que posiblemente su cuerpo no resista una próxima dosis, no pueda parar de inyectarse cocaína; que otro paciente, a la espera de un trasplante de pulmón no pueda dejar de fumar tres atados de cigarrillos por día; que otra paciente no pueda dejar de tomar dos litros de alcohol fino aún sabiendo que termina hospitalizada cada vez, por los golpes y heridas que se auto inflige; son hechos que no ofrecen dificultad a los razonamientos del principio del placer. Se explican por él sin ninguna necesidad de apelar a un más allá misterioso.

Si hubo satisfacción, el aparato intentará reencontrarla. Si hay tensión, el aparato intentará descargarla. Cuando la sustancia tóxica permitió ese recorrido satisfactorio, entendemos sin dificultad, que se repita. Esto no se encuentra, pese a la opinión del psicoanálisis de la época, de ningún modo, más allá del principio del placer. Por el contrario, es lo más acorde con el principio del placer que podamos imaginar. Los toxicómanos son quienes mejor se ofrecen a ejemplificar privilegiadamente el funcionamiento de dicho principio. Pero no sólo los toxicómanos; podríamos recorrer punto por punto las argumentaciones freudianas de Más allá del principio del placer, tarea que excede los límites de este trabajo, y nos sorprenderá encontrar que tampoco los fenómenos clínicos que allí se trabajan son buenos ejemplos de excepciones al principio del placer.

Si es que existe un más allá del principio del placer (¡y es cierto que existe!), no lo encontraremos por estos lados.

7. “Tosco y eficaz”, “facilitación”, “corto camino regrediente”, es verdad que el aparato tiene una tendencia tóxica genera que lleva a la quietud y la pereza. No es otra cosa que el principio del placer el que intenta, que si algo ha dado resultado, se lo intente hasta muerte. Desde aquí, si acentuamos el carácter claramente conservador del funcionamiento del aparato, lo difícil de explicar no es la pereza, sino el cómo salir de ella.

---

<sup>24</sup> Sigmund Freud: "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XVIII, pág. 1.

¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de lo nuevo?

En este punto, es donde extrañamos una teoría freudiana de la sublimación. Las notas que aparecen a lo largo de la obra no ahondan en cómo lo sexual podría dejar de serlo, en cómo lo viejo de la satisfacción más o menos conseguida y fijada, podría dar lugar a otra cosa. Las sutilezas de la sublimación son posibles a partir de combinaciones y sustituciones complejas de las viejas marcas de ese recorrido pulsional, es cierto, pero: ¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre los objetos?<sup>25</sup> O también, ¿qué hace posible ese “nueva acción psíquica” que hace posible el paso del autoerotismo al narcisismo?<sup>26</sup> ¿Qué nos impulsa hacia esos, burdamente criticados “ideales freudianos” que son el amor y el trabajo?

Se nos dirá que la novedad no es tarea del analista. Que nos basta con señalar lo viejo que anima lo presente para que la novedad sea responsabilidad de nuestro paciente. Que el psicoanálisis es exactamente eso, análisis, y que la síntesis no queda a nuestra cuenta. Y, tal vez, para algunos analistas, sea cierto. Pero esta consideración no impide la pregunta por la novedad.

Evidentemente, una argumentación que tome por único fundamento lo económico no tiene porvenir. Nada hay en el “puro lenguaje de la fuerza” que pueda dar cuenta de este salto de calidad que Freud intenta explicar.<sup>27</sup> Lo más exquisito de la humanidad no es sin lo económico, pero sólo con ello, evidentemente, no alcanza. Lo más sutil del ser humano está en la posibilidad de torcer la repetición de lo mismo como en la naturaleza, y poder introducir una novedad; como tal, no puede ser explicado únicamente por lo económico.

En lo que sigue de su obra, el itinerario de Freud en su intento de responder la pregunta por la novedad es apasionante; pero lo dejaremos para otra ocasión. Dejemos indicado que ese interrogante será lo que nos permitirá poner en una buena perspectiva en qué consiste el más allá del principio del placer. Siguiendo punto por punto los argumentos freudianos, veremos que más allá de dicho principio, se vislumbra, a contrapelo de casi toda

---

<sup>25</sup> Sigmund Freud: "Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XIV, pág. 82.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 74.

<sup>27</sup> El capítulo II de dicho trabajo es un buen ejemplo del intento freudiano de responder a estas cuestiones con un “puro lenguaje de la fuerza”. Que se rebase cierta “estasis libidinal”, que la energía tenga que ser depositada en el objeto porque de lo contrario se enferma, son términos que aluden privilegiadamente a la cuestión económica. Freud pareciera vislumbrar lo insuficiente de esta argumentación y, en lo que queda del ensayo, busca la solución en la cuestión del Ideal.

la opinión psicoanalítica de la época, el poder del *Eros*.

8. El supuesto idilio de los lotófagos, esa vida quieta de consumo fácil, inmediato y tosco, es, como la pereza y el sueño, mera apariencia de felicidad. Los lotófagos vegetan de un modo tan indigente como la existencia de los animales, condenados a la repetición de lo mismo, no pudiendo introducir un paso intermedio entre el impulso y su satisfacción. En el mejor de los casos sería la ausencia de conciencia de infelicidad. La felicidad, por el contrario, implica verdad y, como tal, es esencialmente un resultado. Se desarrolla en la superación de la quietud y el dolor.

Por eso *Odiseo* no se permite quedarse con los comedores de loto, “defiende la realización de la utopía mediante el trabajo histórico”.<sup>28</sup> *Odiseo*, ese héroe de occidente, sigue su camino. Arriesga la vida (y más aún ¡la de sus compañeros!) buscando el regreso a casa, el amor de la mujer que teje mientras lo espera y la muerte de la vejez en el trabajo conocido. Ningún héroe hasta él había amado tanto la vida; los anteriores siempre tan preocupados por saber morir en la batalla.

Más allá del trabajo cada vez más alienado de nuestra globalización, pero también más allá de la pereza del consumo directo y tosco de los objetos que la cultura de hoy nos propone, la obra freudiana pareciera disponer de ciertas claves para pensar la felicidad. Para esto, es necesario desentenderse por un momento del intento de definición propuesto en el Malestar en la cultura.<sup>29</sup> “Lo que en sentido estricto se llama ~felicidad~ corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio del placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad del contraste, y muy poco el estado”.<sup>30</sup>

Si tomamos esa definición al pie de la letra, el único criterio sería el aumento o

<sup>28</sup> Theodor W. Adorno: “Dialéctica de la ilustración”, en *Obra Completa 3*, Madrid, 2007, pág. 75.

<sup>29</sup> Sigmund Freud: “El malestar en la cultura”, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XXI, pág. 1.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 76.

la disminución de la tensión. Eso podría afirmarse respecto del placer, es cierto; pero, ¿funciona cuando de la felicidad se trata? Si esto fuera así, los lotófagos serían hombres felices y, evidentemente, algo no anda bien pensando la felicidad en esos términos. Placer y felicidad no son, de ningún modo, lo mismo. Más aún, la felicidad supone tolerar el displacer. El principio del placer puede ser tenido en cuenta para explicar el equilibrio de las tensiones, pero ¿puede ser el único criterio para pensar la felicidad?

No podría tratarse de una felicidad-para-todos, y mucho menos, para-todos-de-un-mismo-modo; “sobre este punto no existe consejo válido para todos”, “cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en la que puede alcanzar la bienaventuranza”.<sup>31</sup> Las definiciones de la felicidad común son ajenas al pensamiento freudiano porque Freud nunca fue un pensador social. Si se ocupó de lo social, (y es cierto que lo hizo) fue siempre una aplicación más o menos lograda de lo que encontraba en la transferencia.

Tampoco la neurosis podría ser la felicidad. Siempre se trata, en sus distintas versiones, de una huida del conflicto y, de tal modo, el arreglo del síntoma es una forma de no tomar el riesgo que la apuesta supone.

Sin embargo, todas estas aclaraciones previas no nos impiden encontrar en el texto freudiano algunas claves que orienten una definición de la felicidad.

La primera clave es económica. Las marcas de la satisfacción pulsional plantean un límite a la movilidad de la pulsión. La facilitación, las fijaciones pulsionales, la exigencia de trabajo de la pulsión plantean una verdadera tiranía de las marcas que no puede ser abandonada fácilmente. Las huellas exigen ser monótonamente recorridas. Freud apela al carácter de “indestructibilidad” de estos procesos psíquicos: “Son vías facilitadas de una vez por todas, que nunca quedan desiertas y que llevan a la descarga el proceso de la excitación cada vez que se reinvierte la excitación inconsciente. Para servirme de un símil: sólo pueden ser aniquiladas de la misma manera que las sombras del mundo subterráneo en *La Odisea*, que cobraban vida tan pronto como bebían sangre.”<sup>32</sup> La felicidad no podrá desoír el llamado de estas marcas.

La segunda clave es ética. “*Navegar es necesario, vivir no lo es*” reza el Hansa citado por Freud.<sup>33</sup> El vivir, por el vivir mismo, no supone la felicidad. La sola permanencia

---

<sup>31</sup> *Ibíd.*, pág. 83.

<sup>32</sup> *Op. Cit.*, pág. 546.

<sup>33</sup> Sigmund Freud: “De guerra y muerte”, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XIV, pág. 273.

en este mundo no es más que otra forma de vegetar. Una vida vale la pena ser vivida cuando es una vida que se arriesga. Navegar es lo necesario, de tal modo que el “amar y trabajar” en el que Freud pareciera esperarnos no es un lugar cualquiera. Quienes critican rápidamente esa frase desatienden que es un amor o un trabajo en el que se lo arriesga todo. Lejos de la comodidad y la quietud, es necesario estar dispuestos a perder el *vivir* para arriesgarnos al *navegar*, que en eso pareciera consistir el paso por este mundo.

La tercera clave es del orden de la Necesidad. Nada sabemos de la muerte; sólo sabemos que vamos a morir. Lo que nos es dado a los seres humanos es la posibilidad de hacer algo con lo que nos sucede, y la muerte, de un modo que desconocemos, nos sucederá. La cuestión es qué hacer con esa certeza inexorable. Siempre están, más o menos a la mano, las posibilidades de la melancolía, la renegación, el tóxico, la manía, el síntoma, el acting, el cinismo y algunas otras. Pero no se trata de ninguna de ellas.

“*Reconciliarnos con la caducidad*”,<sup>34</sup> dice Hegel; “*Recuerda que vas a morir*”, estaba escrito en la puerta de entrada de la casa de un estoico. Freud, a través del motivo literario de la elección que hace un hombre entre tres mujeres, lo dice en sus propios términos: “*Una sabiduría eterna, con el ropaje del mito primordial, aconseja al hombre anciano renunciar al amor, escoger la muerte, reconciliarse con la necesidad del fenecer*”.<sup>35</sup> El hombre triunfa sobre la muerte (si es que esto fuera posible) haciendo una elección en el lugar de la fatalidad. Nuestra única posibilidad consiste en hacer de aquello que nos acontece, la necesidad, una propia elección. “*El hombre viejo en vano se afana por el amor de la mujer, como lo hiciera primero de la madre, sólo la tercera de las mujeres del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos*”.<sup>36</sup> La libertad que nos toca a los seres humanos, y la definición de felicidad no podría desconocerlo, consiste, desde aquí, en la posibilidad de elegir la muerte. Como quien dice, amigarnos con ella.

Las toxicomanías son el símbolo privilegiado de una cultura enredada en la caída de los ideales en los que se apuntalaba. Pareciera ser que la sociedad patriarcal de occidente está (¡si es que alguna vez no lo estuvo!) en franca decadencia, y con ella, todas sus

---

<sup>34</sup> *Op. Cit.*, pág. 40.

<sup>35</sup> Sigmund Freud: “El motivo de la elección del cofre”, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XII, pág. 317.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, pág. 317.

figuras conocidas en las que hombres y mujeres parecían sostenerse. Hay quienes festejan esa caída y comulgan en la angustia que va dejando a su paso. No parecieran ser buenas noticias.

En este universo vacío de rasgos propicios, la única variable que se impone es el horror del mercado. Las respuestas subjetivas viran, cada vez más, hacia lo tosco, directo, tóxico-eficaz, fácil, quieto y perezoso, cada vez más lejos de la sublimación. De esto, el toxicómano es quien se ofrece, de un modo ruidoso, como el mejor ejemplo. Pero no sólo él, estimado lector; hoy a la noche, que cada uno apoye bien sus asentaderas, que occidente nos preparó una cita con el televisor.